

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1916. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII.

ESCLAVITUD.

Hay una edad feliz en que somos dichosas sólo con ver al espejo las espléndidas trenzas que coronan nuestra frente, el brillo de nuestros rasgados ojos y la sonrisa que deja ver menudos dientecitos y forma un hoyuelo en cada mejilla; todo lo demás es nada comparado con esto: las privaciones, el trabajo, los cuidados, y aún las penas, todo se olvida cuando la hermosa flor de la juventud reside en el alma y la luz del amor la calienta con sus rayos vivificadores.

En aquellos días fué cuando las cadenas de la más odiosa de las esclavitudes, de la esclavitud conyugal, se aferraron al delicado cuello y á las blancas manecitas de Julia.

Levantábase con la aurora y se sentaba á su caballete, en el cual trabajaba hasta las doce; á esta hora se vestía un poco para almorzar, y luego se dedicaba á labores de aguja y á quehaceres domésticos hasta la hora de la comida.

En tanto que Natalia pasaba el día durmiendo, tendida sobre un sofá, leyendo comedias ó bordando sus cue-

llos, Julia cosía, aplanchaba y limpiaba su casa, por ser tosca y torpe la criadita que tenían, y á la cual pagaban un salario muy corto por no permitir otra cosa *los medios de Diego*, y la pobre niña hacía todo esto con la alegría en el alma y la risa en los labios: ¡era útil á su esposo, á su esposo, que la había sacado del poder duro de su madre y de la triste vida que llevaba en su casa, para hacerla *feliz* con su amor!

Un tercer cuadro brotó del pincel de Julia, bello, fresco, delicioso y marcado con el sello radiante de un genio sublime: su marido, á los cuatro años de matrimonio, no había pintado más que uno de comedor, por el cual sólo quiso dar el comisionista quinientos francos: la discípula era un talento de primer orden: el maestro, una vulgaridad: la esposa ceñía ya á su jóven frente una corona de gloria: el esposo no había salido ni saldría jamás del número inmenso de los adocenados. Dios lo había dispuesto así, y sus ángeles tejían la corona del martirio para las sienas de Julia.

Al acabar su cuadro, la jóven escribió al comisionista que viniese á verle: la prontitud con que aquel hombre usurero obedeció probaba bien cuánto le interesaba su adquisición.

El último lienzo de la artista representaba una jóven dormida á la orilla de un arroyo: era una figura adorable y que se parecía á la autora del cuadro.

En una praderita sombreada por grandes árboles de espeso follaje, y sobre el verde musgo, corría un hoyuelo semejante á una cinta de plata: á su orilla, y apoyando su cabeza sobre un brazo, dormía una jóven al-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

33874

deana, rubia y fresca como una de esas mazorcas de rosas que mece la brisa en las tardes de mayo; sus abundantes rizos dorados estaban movidos por el viento; á través de las dobles pestañas que guarnecían sus anchos párpados inclinados por el ligero sueño de la primera juventud, se divisaba el azul sombrío de sus ojos, como á través de las velas extendidas de un barco se divisa el azul del mar. Sonreían sus labios finos y rosados, como si viese en el porvenir bellas y risueñas imágenes: su frente serena y tersa estaba cortada por dos cejas de seda de color castaño, que formaban dos arcos suaves, tendidos y no alterados jamás por la cólera ó el dolor; por debajo de los pliegues de su falda de grana se veían sus piés pequeños y calzados con media blanca, y un lindo zapatito de escote bajo; un corpiño de terciopelo ceñía su delgada cintura, fina como un junco, y su talle virginal, de una gracia encantadora.

El comprador, al ver aquel cuadro, hizo un ademán de profundo asombro: era buen conocedor y sabía lo que aquel lienzo valía.

—Mi querida señora, dijo á Julia, aquí falta la firma de V.

—¡Ah! respondió la artista, es verdad; me he olvidado de ponerla; pero ¿qué más da que la lleve ó no? Sólo uso para los cuadros que pinto mi nombre de pila.

—Sin embargo, señora, yo necesito que V. lo ponga en todos sus cuadros y que lo estampe en éste ántes de llevármelo.

—Pero ¿por qué?

—Voy á satisfacer la curiosidad de V. haciéndola una

confesion que ningun otro hombre de mi profesion le haría: ese nombre tan poco pomposo, tan sencillo, que se compone de tan pocas letras, el nombre de V., en fin, tiene su valor.

—¿Será posible?

—Me pagarán mil veces mejor los cuadros de V. firmados que anónimos: yo he hecho ilustre el nombre de *Julia* en la república de las artes, y doy á V. desde ahora mil francos más por su firma.

—¿De modo que por éste.....

—Su valor es de tres mil francos; pero, lo he dicho, la firma de V. vale mil más: total, cuatro mil.

Y puso en la pequeña mano de Julia un paquete de monedas.

—Ruego á V., señora, le dijo al tiempo de salir, que trabaje algo más: todas las obras de V. corren por mi cuenta.

Julia quedó absorta de alegría: ¡con que era rica con su talento! ¡con que tenía en sí misma una fortuna! ¡con que Diego podría vestir con el lujo necesario á su hermosa figura, podría llevar un reloj de repetición y diamantes en la pechera de la camisa!

Estas fueron sus reflexiones durante todo el día, sin pensar ni por un instante en que no tenía vestido con que salir y en que su ropa blanca sólo se sostenía á fuerza de zurcirla ella por las tardes.

Cuando llegó Diego, le entregó, llena de alegría, el bolsillo, producto de su cuadro; éste frunció algo el ceño; le parecía corta la suma; dijo que el cuadro valía mucho más, y se guardó el importe con mal humor.

Aquella tarde le dijo Julia que necesitaba un vestido y un sombrero.

—Saldrémos á comprarlo, contestó Diego contrariado.

—Si tú tienes que hacer, repuso Julia, saldré yo con Natalia.

—Haz lo que quieras : véte sola si te acomoda mejor : no quiero incomodarte.

—Pero ¿quién dice eso? exclamó Julia con lágrimas en los ojos : yo voy mucho más contenta contigo.

—¡Poco se conoce!

—Para probártelo, desde hoy para siempre te ruego que me acompañes.

A pesar de tan dulces palabras, el ceño de Diego no se desarrugó, y sólo se hubiera conseguido esto si su mujer le hubiera dicho que renunciaba al vestido y al sombrero.

Julia empezó otro cuadro con nuevo ardor : los ratos que pasaba trabajando eran para ella los más felices, ó mejor dicho, los únicos felices de su vida : cuando, agobiada de fatiga, dejaba el pincel y se volvía á mirar á su marido, le veía sentado delante de su caballete, sombrío é inmóvil y con la frente contraída.

Si ella le hablaba, le contestaba con dureza, y temerosa de incomodarle, le miraba en silencio y acababa por quedar absorta en dolorosas meditaciones.

Ya no habia flores en torno suyo, ni atenciones, ni amor ; ya no habia vida del alma ; no habia más que tristeza y silencio : la grata confianza conyugal, el dulce dominio de la esposa, no existían allí. Julia no era la compañera de su marido, era su esclava ; ante él tem-

blaba y palidecía de terror ; cada noche le daba Diego el dinero preciso para el gasto del día siguiente, y se lo daba con disgusto y ceñudo semblante. Julia ya no tenía caprichos ; no podía comprar una cinta ó una flor, ni aún manifestar su deseo de tenerla ; no disponía en sucasa más que para pensar qué es lo que se comería que fuese del gusto de Diego y costase poco dinero ; ¡ella, que comía ménos que un pájaro ! No tenía ni aún esos placeres pueriles de todas las jóvenes, que consisten en arreglar su guardaropa, en ordenar sus abanicos, en limpiar las cajitas de sus joyas y los frascos de su tocador : no tenía, en fin, ninguna distracción ni placer ninguno.

La vida de Julia era una agonía cruel : sus mejillas habian palidecido ; sus ojos azules, tan brillantes y hermosos poco ántes, estaban apagados : la tristeza y el desaliento estaban impresos en su semblante con tristes caracteres : refugiábase en el trabajo como en su único consuelo, y tal vez su arte la salvó de una muerte cierta.

En tanto que la pobre niña sufría y lloraba en la soledad de su casa, su nombre volaba en alas de la fama y ganaba cada día una gloria mayor : sus padres y sus hermanos la creían dichosa, y aún la acusaban de ingrata porque no les mandaba dinero : es verdad que ella nada habia querido decirles de sus penas domésticas, porque, aunque su malestar era incesante y su melancolía profunda, no se atrevía á llamarse desgraciada : además, Julia amaba á su marido, y jamas se hubiera quejado á su familia de lo que él la hacia padecer : ni ¿qué hubiera conseguido tampoco con hacerlo así ? El ca-

rácter irascible y dominante de su madre no podía comprender las penas que nacen del amor y del sufrimiento: ella, que daba tantos pesares á su marido, no era capaz de soportar ninguno, ni hubiera podido dar á su hija más que consejos descabellados y en abierta oposicion con su índole y sus inclinaciones.

VIII.

CAMBIO.

Un dia, en la mesa y terminando ya la comida, sacó Natalia una carta del bolsillo y se la presentó á su hermano.

Este la leyó para sí y se inmutó algun tanto.

—¿Qué dice esa carta? preguntó Julia asustada.

—Dice, respondió su marido, que mi madre está enferma de mucho peligro.

—Yo marchó esta noche á Madrid, añadió Natalia.

—¿Cómo! ¡te vas sola! exclamó Julia asombrada.

—¿Y qué remedio? es forzoso que yo vaya á cuidar á mi pobre madre. Adelina es muy niña para eso.

—¿Pero no tiene á su marido? preguntó Julia.

—No, respondió Diego: era un truhan, que la abandonó á los pocos dias de llegar aquí nosotros.

—Como nada me habias dicho.....

—¿Para qué? ¡era una cosa tan desagradable!

Julia calló: las palabras de queja se agotaban muy pronto en ella. Despues de un rato de silencio dijo:

—Diego, yo creo que, si tu madre está verdaderamente de peligro, debias acompañar á tu hermana: me parece muy mal que vaya sola.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y quién te pide tu parecer, querida mía? preguntó duramente el interpelado; no puedo acompañarla por dos razones que te diré, ya que te metes en lo que no debías; estoy muy ocupado ahora con mi cuadro, y además, no quiero dejarte sola. Natalia lleva compañía, porque esta noche sale de aquí para Madrid uno de mis amigos y la acompañará.

La comida terminó en silencio: después de concluida, Julia, que se sentía mala, se recostó en un sofá, y Diego salió con su hermana para hacer algunas compras.

La joven artista se sentía casi feliz: una violenta antipatía la separaba de Natalia, tan vulgar, tan prosaica, tan dura en su trato y tan egoísta: le parecía que, alejándose aquella mujer de Diego, ella podría adquirir alguna influencia en su ánimo, y que, solos los dos, tal vez volvieran á renacer los bellos y felices días de su amor.

De estas reflexiones pasó á otras, y se preguntó si ya estarían pagadas las deudas de Diego y si podría tener algún día su casa bajo el pié de modesta elegancia, que era el más dorado de sus sueños.

Julia, mecida por sus ilusiones y por sus esperanzas, llegó á dormirse, y siguió soñando, como había soñado despierta: la marcha de Natalia le proporcionaba una hora dichosa, de que no disfrutaba hacía largo tiempo.

Cuando abrió los ojos, se incorporó casi asustada: le parecía que hacía largo rato que dormía y que algo debía haber sucedido en la casa mientras su sueño.

Mas al tender la vista en derredor suyo, se escapó de sus labios un grito de sorpresa, y un vivo rubor se ex-

tendió por sus blancas mejillas, algo adelgazadas por largas horas de tristeza.

En frente de ella había un hombre sentado, inmóvil y silencioso, y que sin duda había estado mirándola dormir.

A primera vista, aquella figura inmóvil asustó á Julia; la segunda mirada que la dirigió la llenó de tranquilidad.

Vió á un anciano que se inclinaba con respeto delante de ella, y cuyos blancos cabellos adornaban una frente espaciosa y noble.

—Señora, dijo el anciano, mil perdones por haber penetrado hasta aquí sin su permiso: la sirvienta que me ha recibido me ha dicho que podía entrar, y yo no sabía que V. se hallase entregada al descanso.

—No acostumbro á dormirme á estas horas, caballero, respondió Julia cada vez más confusa, al reparar que las rubias trenzas de sus cabellos flotaban sueltas por su espalda; esta noche me dormí sin saberlo, y siento.....

—¿Y por qué, mi querida señora? ¿es acaso algún delito el dormir? preguntó el visitante con una fina sonrisa: no debe V. sentir que yo la haya visto dormida, porque á mi edad se conceden muchos privilegios, áun el de contemplar á la belleza en el abandono del sueño.

Julia, ruborizada todavía, no supo qué responder: había además en el acento de aquel hombre alguna cosa amarga é irónica, que había vuelto á despertar su inquietud.

No era extraña esta cortedad: aquel hombre aparentaba sesenta años; era de elevada estatura, y delgado hasta presentar un aspecto anguloso, que ayudaba á la

severidad algo burlona de su semblante; sus pequeños ojos grises se movían bajo unas cejas blancas y espesas; su nariz era larga y algo corva: su boca pequeña, de labios delgados y bastante hundida, decía claro que la astucia, la ambición y el disimulo formaban la base de su carácter: su frente era la facción más noble de su rostro, porque era bastante ancha, ó quizá porque ostentaba la incomparable majestad de las canas.

El traje de aquel hombre era de rigurosa elegancia; vestía completamente de negro, y habiendo dejado su gabán en la reducida antesala de Julia, había quedado con una levita á la inglesa, y tenía puestos los guantes, que eran de un agradable medio color, término inteligente entre la etiqueta y una visita nocturna.

Él fué quien rompió de nuevo el silencio que había vuelto á reinar, y que Julia, ocupada en arreglar, con el disimulo posible, el desórden casero de su traje, no había pensado en interrumpir.

—Señora, dijo, por mi acento conocerá V. que soy español: he viajado durante muchos años, y hace poco que he llegado á París; recorriendo hoy algunos almacenes de cuadros he visto uno que ha llamado mucho mi atención, firmado sólo con el nombre de *Julia*.

—Ese es el mio, caballero, respondió la jóven con el entusiasmo un poco orgulloso de la artista novel y no acostumbrada todavía á las alabanzas; y dígame usted, ¿qué representa el cuadro que V. ha visto?

—Una jóven dormida.

—Le acabé la semana pasada.

—Creo inútil decir á V. que le he comprado; por

mucha que sea la modestia de V., no podrá ménos de convenir en que debía ser así, tratándose de una obra tan bella.

—Usted, caballero, me favorece demasiado, dijo Julia, que no sabía qué decir y que estaba encarnada como una cereza.

—Otro motivo, además de su gran mérito artístico, me ha movido á comprarlo, prosiguió el anciano: he reconocido en su autora á una discípula de un hermano mio, á quien amaba, y que ya pasó á mejor vida.

—¡Ah, caballero! exclamó Julia palpitante y olvidando ya su rubor; ¿y cómo se llamaba su hermano de usted?

—Pablo de Montalvan, respondió el desconocido con voz en la que se notaba, á pesar de sus esfuerzos, una dolorosa conmoción.

—¡Ah, sí! ¡ése fué mi maestro, mi querido, mi venerado maestro! exclamó Julia con los ojos llenos de lágrimas: ¡cuánto le amaba yo, y cuánto le he llorado y le lloro todavía!

—Yo soy su hermano, pues, señora, dijo el anciano con voz ya más entera y más segura: soy el Conde de Montalvan, ennoblecido por mis servicios diplomáticos; obra en mi poder un legado para V. de mi hermano, y he venido á traérselo.

El Conde sacó entónces del bolsillo del pecho de su levita un paquete bastante voluminoso, cerrado con lacre negro, y lo puso en las manos de la jóven: en el sobrescrito decía:

Para mi querida discípula, la señorita Julia Rivas.

Julia besó piadosamente el paquete, y lo guardó en el bolsillo de su vestido.

—Lea V. una advertencia que contiene el sobre en su lado posterior, dijo el Conde.

Julia volvió á sacar el depósito, y leyó estas palabras, escritas con la letra clara, redonda y menuda de su maestro:

«Julia Rivas no podrá, segun mi voluntad, participar á nadie en el mundo que posee el legado que le confio; lo leerá á sus solas, y lo quemará despues ó lo conservará bajo el sello del secreto más inviolable.»

La jóven volvió á besar el paquete y lo guardó de nuevo.

—Hace poco más de cinco años, prosiguió el Conde, que estuve en Madrid algunos dias: mi hermano, que hacía mucho tiempo no me escribía, y que había rehusado cuanto dinero le había enviado, vino á verme y me dijo:

«—Hay aquí una jóven, á la que amo como si fuera mi hija, y que presiento que algun dia será desgraciada: toma estos papeles, y cuando yo haya muerto se los entregará, siempre que ella haya cumplido veintiun años: si no, esperarás á que los tenga: ahora cuenta sólo diez y seis; pero no olvides que dentro de cinco años, si yo he muerto, como espero, has de buscarla para cumplir mi único y postrer encargo.»

Prometí á mi hermano cumplir su deseo: algunas circunstancias desagradables nos habían separado: nuestro modo de pensar difería casi siempre, pero yo le debía grandes favores, y le había amado y respetado siem-

pre. A la época prefijada por él volví á Madrid: segun él presentia, había muerto; pregunté por Julia Rivas, y me dijeron que se había casado con un pintor y había ido á vivir á París: yo pensaba venir aquí, y me costó poco cumplir la voluntad de mi hermano, que hubiera cumplido de todos modos; pero durante muchos dias he buscado á V. en vano, señora: V. debe vivir muy aislada, pues si no, era imposible que con su talento estuviese tan ignorada en París, donde tantas medianías brillan y hacen papel importante, gracias á su osadía y á su vanidad.

—Yo vivo sólo entre mi familia, caballero.

—Lo creo, y ya lo había presentido ántes de que usted me lo dijese, señora: tal vez hace V. bien: sólo en medio del hogar doméstico es donde se halla la verdadera felicidad.

Estas palabras, tan verdaderas y tan hermosas cuando son hijas del convencimiento, fueron pronunciadas por aquel hombre con acento duro, helado y sardónico. Julia no supo qué responder: su alma, que en presencia de su viejo y severo maestro se abría como una flor á los halagos de la brisa, se oprimía ante el Conde de una manera dolorosa; éste continuó:

—Buscando algunos cuadros que queria regalar á mi hija, entré en un almacén, y llamé desde luégo mi atención *la jóven dormida*: examinándola con cuidado, vi en un ángulo del lienzo el nombre de *Julia*, y bien pronto reconocí tambien el estílo de mi hermano: me informé del comerciante, y vine en seguida á ver á V. para cumplir así el último deseo de Pablo.

— Gracias, caballero, respondió Julia, que ante aquel hombre sentía muda su lengua y su corazón helado.

— Y ahora, prosiguió el anciano levantándose, adios, señora: por dichosa que V. sea en el aislamiento á que se ha condenado, no olvide que tiene en mí un amigo poderoso, y que sabrá abrirle, si lo desea, las puertas del mundo: por lo pronto, veamos si V. acepta lo primero que puedo ofrecerle: tengo una hija de veinte y cinco años, á quien su mala salud no ha permitido dedicarse á la pintura con todo el ardor que ella hubiera deseado: ¿quiere V. ser su maestra?

— Señor Conde, respondió Julia turbada, por mucho que esa proposición me honre, no puedo sin consultar con mi marido.....

— Está bien: parece que aún dura la luna de miel: ¿cuánto hace que V. se casó?

— Cerca de cinco años.

— Es extraño que aún quiera V. pedirle permiso para hacer lo que le acomode: considere V. que le ofrezco un sueldo anual de cuatro mil francos, y tenga tomada su decisión para mañana, que vendré á buscarla á estas horas.

El Conde, dichas estas palabras, se levantó, saludó friamente y salió de la habitación.

Julia quedó aturdida: le parecía un sueño la aparición de aquel anciano severo, sarcástico; y á no ser porque tocaba en el bolsillo de su traje el paquete, dón postumo de su querido maestro, se hubiera creído el juguete de una ilusión.

Iba á retirarse á su cuarto para abrirle, cuando sonó

la campanilla y oyó poco despues los pasos de Natalia y de Diego, que volvian de sus compras, teniendo apenas tiempo para guardar el pliego en su pecho.

Natalia dijo que iba á cerrar su cofre, y salió. Diego empezó á pasearse por la sala serio y meditabundo. Julia, ofendida de lo que ella creía pesar por la partida de Natalia, guardó tambien silencio, que sólo interrumpió la puerta, abriéndose de nuevo para dar paso á la jóven, vestida ya de viaje.

Esta abrazó á Julia con bastante frialdad y se dispuso á salir.

— ¿Te vas sola? le preguntó Julia con una admiración algo burlona.

— No, respondió Natalia. Mi hermano me acompañará hasta la casa de postas, donde me esperan mis compañeros de viaje.

Los dos hermanos salieron. A Julia le pareció que respiraba mejor al verse libre de la presencia de Natalia.

Pronto volvió Diego: dijo que su hermana había partido, que le dolía la cabeza y que se iba á acostar.

Julia esperó á que su marido y la criada se hubieran recogido, y despues, no queriendo abrir el paquete que le había entregado el Conde en el dormitorio conyugal y exponerlo á las miradas de Diego, decidió quedarse en la sala: cerró la puerta con llave por dentro, y abrió el pliego con una especie de respeto temeroso.